

PQ8514

.Z7

R4



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

DE REGRESO

CARTA A MI MUJER

El trabajo que te has tomado de guardar las cartas que te he escrito ó apuntes que te he enviado de aqui y de allá durante mis viajes, fué, dias pasados, una especie de revelación para mi.

Escribia yo con dificultad algo que se me habia pedido y que decia relación con una de mis excursiones; aquello iba saliendo malo y á tropezones, como cosa de encargo; pero era preciso darle cima, quieras que no.

Hube entonces necesidad de un dato que no recordaba, y te pedi la carta que te habia escrito, al correr de la pluma, como toda carta de familia, desde el punto y sobre las impresiones que daban asunto á mi trabajo.

La lei, y me persuadi de que aquella carta estaba mucho mejor hecha que lo que, á fuerza de dar y machacar, estaba yo exprimiendo de mi deshabitada cabeza.

010579

Era evidente: la carta, como obra literaria, no era cosa mayor, ni mucho menos (obra mía al fin); pero la encontré ingenua y fresca; senti que me reproducía con fidelidad las impresiones bajo cuyo influjo inmediato había sido escrita, y creí notar en ella cierta candorosa verdad que no siempre se encuentra cuando uno se lo propone, por más que se modele cuidadosamente la frase.

Puede ser que muchas de las cartas que guardas tú coleccionadas tengan siquiera algo de eso.

Préstamelas.

Las mandaré á la imprenta tales como están ó poco menos; les cortaré las puntas para que no trascienda demasiado en ellas la intimidad doméstica; las completaré y les daré alguna homogeneidad con mis apuntes de viaje, y acaso resulte así una especie de libro.

Tú querías guardarlas. Pues si las habías de conservar escritas en esa mala letra mía, que yo mismo no puedo descifrar muchas veces sin esfuerzo, guárdalas impresas.

Se leerán así mejor; si se perdiera un ejemplar, otro quedaria; y hasta si hubiera una tercera persona que deseara conocerlas, podría complacerse con más facilidad.

Puedes darlas á leer á cualquiera; no contienen ningún secreto, ni dato alguno ni afirmación que puedan perjudicar á nadie.

Son manchas de color inofensivas, sensaciones fugaces, resonancias de las cosas en mi espíritu, sugerencias del aire, puntos de admiración traza-

dos en la luz, ó de interrogación en la sombra ó en las medias tintas.

De ahí que alguna vez resulten candorosas mis epístolas; acaso haya alguna que lo sea demasiado.

No importa: eso dará mayor carácter y transparencia mayor al conjunto. Este será un retrato del alma de su autor; y no un retrato de galería fotográfica, con tenazas de hierro en la nuca y naturalidad agarrótada, sino sorprendido, al aire libre, en toda su ingenuidad.

Y, á trueque de obtener esto, desoigo á otras consideraciones. Yo bien me sé que llorar sin saber ante quién se llora es desarmarse ante lo desconocido; que balar ante los lobos es afilar sus dientes; pero me halaga la idea de dejar en alguna parte la huella fiel de mi alma.

Es claro que si yo me hubiera propuesto hacer un libro de tendencias eruditas con motivo de mis viajes, hubiera podido consultar otros libros, guías, enciclopedias, y llenar mi obra de datos y consideraciones no inútiles. Eso no es hoy difícil ni raro, porque la librería moderna, con sus copiosas publicaciones, ha aligerado mucho los trabajos de esa índole.

Pero dejemos esos alardes para otro tiempo y lugar. ¡Que no se metan aquí á echarlo todo á perder!

Me son antipáticas las erudiciones á todo trance, por más útiles que sean. Tienen ellas la culpa, no pocas veces, de que no conozcamos muchas almas

buenas y bellas que se transparentarían en obras espontáneas, si no se dejaban arrastrar por el prurito de aparecer sabias.

¿Qué se yo de dónde y cómo vienen, ó de dónde y cómo salen una idea, una inspiración, una forma artística, producto de mi mente? Ni lo sé ni me importa saberlo, con tal que ellas salgan, y salgan mías, con sangre de mis venas, calientes con su circulación. Brotaron acaso de otras mil ideas absorbidas quién sabe dónde, y por lo tanto olvidadas, como la miel se forma de mil flores ya marchitas ó podridas: fueron hijas de sensaciones fundidas con lecturas; de dolores diluidos en crepúsculos; de sonidos inarticulados mezclados á otros articulados: palabras, ritmos del alma, ritmos de las cosas, *lacrimæ rerum*. Todos esos primeros elementos desaparecieron en el laboratorio del espíritu; se combinaron en equivalentes misteriosos, y dieron ser á una nueva substancia luminosa: la nueva idea, la forma nueva. Todo hombre es nuevo si no es hombre reflejo, simple refracción.

Dame, pues, sólo mis cartas y apuntes: lo que yo sentí, y pensé, y escribí, leyendo sólo en mí mismo, en mi impresión reciente, en mis recuerdos familiares, en mi corto caudal de conocimientos humanos y de experiencia en la vida.

Estoy convencido de que un libro de viajes, que no sean de exploración, no puede ser mucho más que eso, si no se quiere hacer una guía comercial.

Después de terminado el viaje, sería imposible escribir, para formar un todo armónico y homogéneo, la serie de impresiones recibidas en él: quedan estas en el espíritu confundidas las unas con las otras; y, si no recibió forma más ó menos definitiva cada una de ellas cuando estaba aún fresca y se ofrecía con nitidez, la forma que después reciba, vista al través del recuerdo, muy fácilmente pecará de artificial y falsa.

El estado del ánimo, el del tiempo, la hora, el medio ambiente, el más mínimo detalle hacen nacer una ú otra sugestión en presencia de la misma ciudad, del mismo paisaje, de la misma obra artística, de la misma ruina.

¿Cómo hacer, pues, de una serie de impresiones de viaje, un conjunto sistemático y vaciado en un sólo molde?

Aquellas son el movimiento fugaz é inesperado del alma, la chispa que salta en ella al contacto de los objetos exteriores; son un momento, y, para darles forma, es necesario detener ese momento. Si este pasa, pasa para no volver jamás; la misma sensación externa reproducida tendrá en nosotros una resonancia distinta, será otra emoción, engendrará otra imagen, nos dará otro adjetivo para sugerir la realidad, otro verbo que abrir sobre lo vago y misterioso, como se abre un ventanal sobre el desierto.

Eso me hace creer que, en materia literaria, *después* es muchas veces sinónimo de *nunca*.

Si no se escribe, bien ó mal, en el momento en que se debe escribir; cuando se siente que algo, más ó menos confuso, se mueve dentro de uno mismo; si no se escribe entonces, á título de que se escribirá después con mejor disposición y mayor reposo, adiós idea, adiós poema, adiós impresión.

Estos hijos de la sombra son ténues y frágiles al nacer; no son de luz; parecen sólo vibraciones de la sombra misma: dejar de vibrar es para ellos desvanecerse, volver á la nada.

¡Cuántos poemas han pasado así por mi mente!
¡Cuánto libro de historia viva, de arte, de tantas cosas!

La visión amiga me tocó en el hombro, me habló en secreto, se sentó á mi lado. Sonó la frase en mi oído; flotó en mi mente la estrofa; se alineó el plan con todos sus grandes detalles palpitantes de color y de armonía; se desarrolló ante mis ojos el paisaje lleno de carácter; vi al héroe; hirvió la multitud; pasó por sobre todo ello un espíritu, el de Dios, el de la Patria, el de la Naturaleza. ¿Qué se yo?

Pero yo lo miré y lo oí todo como un espectador extático de mí mismo, absorbido por la belleza inconsistente y frágil modelada en el éter, sintiendo el escalofrío que produce la obra genial entrevista, esa especie de zarpazo ó esfuerzo de león que quiere romper la jaula que lo encierra, y la sacude y la hace estremecer en vano.

Todo se desvaneció sin dejar huella. He sido poeta, gran poeta de un momento muchas veces; pero poeta sin cantos. Así lo somos todos.

Sonaron unas voces interiores, y se callaron. Y sonaron otras, y volvieron á callarse.

¡Y no volvieron á hacerse oír! ¡Y me consumieron, sin embargo, mucha parte de las energías del alma, y aún de las del cuerpo!

Así pasa la vida; así vamos por el mundo, dejando atrás poemas que nunca han existido, notas que no han sonado, luces apagadas que jamás se han encendido: fuegos fátuos, émanación de las sensaciones muertas, que nacieron y se extinguieron en el fondo obscuro de la memoria!

Detengamos, pues, las sensaciones vivas: tomemos manchas de color rápidas, pero vigorosas y frescas, del natural (el natural está no sólo fuera, sino también y muy especialmente dentro del alma), aunque no concluyamos el cuadro.

Fijemos las sugerencias del espíritu cuando este habla, aunque su lenguaje no sea del todo castizo.

Del lobo un pelo.

Si: *después* es *nunca* para dar forma literaria á las voces del alma ó á la de las cosas.

El genio mismo, la facultad creadora, acaso no esté tanto en la inteligencia ó la sensibilidad, como en la voluntad; genio es fuerza, y fuerza moral es voluntad.

Por eso miro con buenos ojos estas mis cartas, ahora que las veo reunidas. Para escribir es necesario prevenirse contra las sensibilidades artificiales provocadas sólo para escribir, y que son muy ocasionadas al énfasis ó al amaneramiento. Son esas situaciones de espíritu las que engendran las erudiciones que no son pensamientos, de que antes te hablaba, las imágenes que no son hijas legítimas de la madre imaginación: los afectos que, como los niños abandonados en ajena puerta, vienen á abrigarse en nuestro corazón sin ser sus hijos.

Es preciso mucho genio, es decir, mucha energía en la sensación y en el afecto, y, sobretodo, en la aplicación de la voluntad á ellos, para producir la forma artística espontánea; pero si algo puede remedar á aquél en ese sentido, sólo puede ser la rapidez en dar forma á un movimiento del alma antes de que la confusión la invada. Por la mayor ó menor premura con que esa confusión se apodera del espíritu humano podría acaso juzgarse del grado de inspiración del hombre. El genio es la ausencia de esa confusión: él se vé siempre á sí mismo con precisión, se oye con claridad. Por eso la soberana belleza es la suprema sencillez: la frase bíblica, Homero, Fidias, la línea arquitectónica ó el desnudo griegos.

Los que no podemos vernos bien el alma, podemos hacer lo posible por sorprendérnosla; y ninguna ocasión más propicia que la de un viaje, en que el ruido de las preocupaciones habituales, que

entorpecen la sensibilidad ó falsean el criterio, es apagado por la energía de las nuevas sensaciones.

Se incurre, evidentemente, en un error cuando hoy, al hablar de objetivismo ó realismo artísticos, se supone que el gran artista objetivo ve bien el objeto exterior y lo reproduce. No, no es eso precisamente: es que el gran artista ha visto bien el reflejo del objeto en su alma, *se ha visto bien á sí mismo*, y nos ha presentado, con fidelidad y en noble forma, la conjunción de la naturaleza con su espíritu. Esto es arte.

Abrigo la esperanza de haberme encontrado á mi mismo en alguna de estas cartas. ¿Quién sabe?

Te las he ido escribiendo durante mis viajes; procurando, aunque cansado y apremiado por el tiempo, dar forma á una ó dos sensaciones protagonistas que sobresalían entre muchas otras recientes y bulliciosas.

Recuerdo que las escribía muy á menudo, no para narrarte lo que habia visto, ni siquiera para dar forma á lo que habia pensado, sino para fijar una resonancia de todo eso que quedaba vibrando en mi espíritu, después que la impresión habia pasado: recuerdos que habian abierto los ojos y habian sonreído al sentir pasar al lado suyo las nuevas sensaciones; especie de lirios casi marchitos, hijos pálidos de las ruinas, que revivían al

contacto del ambiente nuevo y fresco que pasaba por mi alma con un rayo de sol.

Entonces lo dejaba todo y escribía un rato. Me parecía que la sensibilidad agradecida se abría así más á las nuevas impresiones, las bebía con mayor avidez, las asimilaba con energía mayor.

Por eso intitularemos este libro, *Resonancias del Camino*.

Alguien acaso dirá que estas cartas pudieran estar mejor escritas, más completas y acabadas. ¡Si lo sabré yo!

Pero, bueno ó malo, eso es lo que he escrito. Si hubiera sido capaz de más en las circunstancias enunciadas, más hubiera hecho.

« Serás lo que has de ser, ó si nó, no serás nada. »

Te he escrito estas páginas, casi todas, en su parte principal, en mi libro de bolsillo, andando el ferrocarril ó el vapor, sentado en una piedra, apoyado en una ruina, á la luz del sol, ó á la indecisa del crepúsculo. Tomaba paisajes del natural directamente, ó fijaba mi impresión cuando aún quedaba en mi espíritu, como quedan las vibraciones de un acorde ó de una aclamación en el aire.

Otras veces las escribía en la habitación del hotel que ocupaba unos días, casi sin conocerla; sobre la mesa cubierta por su tapete generalmente raído; mirando sin ver el reloj de bronce amarillo,

con su caballero de casco y adarga, metido en su fanal sobre la chimenea de mármol blanco; las colgaduras de tonos desvanecidos que adornaban ó sofocaban las puertas; las maletas abiertas ó á medio cerrar, como vientres destripados, diseminadas por el suelo.

Todo esto tiene cierto carácter triste, silencioso; incita á pensar. Parece que las cosas que á uno lo rodean están muy lejos: la cortina inmóvil y de color indefinible y desmayado; los visillos blancos de los cristales de la próxima ventana; las casas desconocidas que, al través de esta, se ven en la acera de enfrente. Son indudablemente muy tristes esos cuartos de hotel: muebles, alfombras, tapices, todo está lacio, cansado; todo mira con fastidio á la humanidad que pasa, y que, á su vez, lo mira también con repulsión. Son los cuartos de todo el mundo, y los cuartos de nadie, por consiguiente; huelen siempre á hule ó desinfectante, á esfuerzo para borrar el rastro de los que los ocuparon. El mozo que nos sirve tiene siempre aspecto de enemigo; nos atisba, nos avalúa, ocupa posiciones para caer sobre nosotros.

Uno cierra las puertas que comunican con la habitación inmediata, para aislarse más del individuo que está al lado, y cuyos ronquidos ó estornudos oímos á media noche, con la misma desconfianza con que él oirá los nuestros. ¿Quién será? ¿Qué lengua hablará ese hombre que tose ó que rezonga solo?

Los muebles de nuestra casa, los retratos de fa-

milia, los objetos que conservan la huella de personas queridas, de recuerdos amigos: todo eso es tan tibio, tan grato! Abriga en invierno, refresca en verano, es asilo en todo tiempo para el alma.

Los cuartos de hotel son siempre frios, por más que los abriguen: nunca calientan el corazón. Son hermanos ó parientes de los cuartos ó salas de hospital; son hospitales de sanos, con la diferencia, á favor del hospital, que, en aquéllos, los cuadros que adornan las paredes nos son á menudo indiferentes ó repulsivos, mientras que el hospital ofrece al dolor el retrato de Aquel que no puede tener enemigos, del muerto divino que redime y consuela, porque hace esperar la resurrección.

Solia sentarme á escribir en esos cuartos al caer el día de la llegada á una ciudad; á la hora en que arrecian las fiebres en los enfermos, salen del bosque los pájaros tristes, y del alma las melancolías de alas grandes, como sombras.

Es esa la hora en que suelen hablar los seres escondidos no se sabe dónde; en que salen palabras ocultas y ritmos expresivos del fondo de las cosas.

Uno se detiene entonces á fijar impresiones, á entrar un poco en si mismo. Suenan las campanas en las nuevas vecinas torres, como voces de mujeres desconocidas que pasan quejándose por el aire; se encienden los faroles alineados en las calles, ó las luces interiores del hotel ó de las casas inme-

diatas para reemplazar la luz del día que se va. Entonces, uno se siente realmente solo, lejos de todo: parece que no se pisa la tierra: se flota quién sabe dónde: ayer estaba uno en otra parte, mañana estará en otra distinta. Está uno lejos, un *lejos* absoluto, porque no hay punto fijo de referencia. Todo se mueve, ó todo está inmóvil.

Es necesario hacer entonces una especie de viaje para encontrarse á si propio, para sacudir y consultar su *yo*, casi olvidado. El viaje se verifica, y salen al encuentro de uno, de allá del fondo del alma, los recuerdos amigos, ya alegres, como la sonrisa del hijo más pequeño que nos tiende los brazos, ó como el ambiente del lejano hogar sereno; ya tristes y melancólicos, como la mirada que se echa hacia un porvenir incierto; ya consoladores, como el descanso en la voluntad y la providencia de Dios.

El recuerdo que entonces surge como protagonista; el movimiento que se produce en el alma á su aparición, es lo que da carácter á lo que entonces se escribe. Se ratiocina, ó se divaga, ó se describe, como se canta, ó se silba, ó se duerme. Y se dice generalmente la verdad.

Cada una de estas cartas es, pues, un estado de mi ánimo; debe haber en ellas algo más de lo que está escrito, acaso ésto será lo menos expresivo: la indole del pensamiento es más que el pensamiento mismo.

Eso será este libro: las fases de mi espíritu á través del espacio: no yo en el mundo, sino el mundo en mí.

Y es indudablemente grande la influencia que sobre el hombre ejerce esa soledad en medio de la multitud, ese conocimiento de los hombres, y de las cosas, y de los vestigios del pasado, mezclado al vértigo del presente, que ofrece un viaje hecho con el propósito de aprender algo.

Acabo de leer las *Sensaciones de Italia*, de Paul Bourget, y no he podido menos de sorprenderme de las consideraciones que la soledad del viaje inspira al autor de *Le Disciple*.

El mismo lo reconoce: no pensaría así en París: es el viaje, al restituirlo á sí propio, el que le inspira nuevas y serias ideas: la frágil duración de nuestro destino, dice, la mezquindad insignificante de las pasiones individuales que nos hacen padecer, la pobreza de los accidentes que nos hieren, lo poco que representa, en la serie de las edades, el tumulto contemporáneo; todo lo sentimos plena y cordialmente en un viaje; y plena y cordialmente sentimos también ese anhelo de las cosas eternas, la más antigua, la más segura garantía de nuestro destino de ultratumba. Non sin razón, añade Bourget, los Padres de la Iglesia, que siempre se mantienen como los príncipes de los psicólogos y moralistas, á pesar del fárrago microscópico de nuestra ciencia actual, han comparado la vida humana á un viaje, y el hombre, que debe morir, á un viajero que se encamina á su morada.

Cuando leía esas páginas, y, hojeando las cartas que te había escrito, hallaba impresiones análo-

gas en algunas de ellas; cuando pensaba en que, en dos almas de tan distintas convicciones como la del novelista francés y la mía, habían brotado espontáneas aquellas impresiones, al solo influjo de la soledad en medio á la muchedumbre, se me ocurría que acaso puede haber también, en las cartas que hoy publico, algunas verdades, dichas á veces entre veras y burlas, no del todo inútiles para quien las lea; alguna semilla oculta de sanas inspiraciones, por más que mi propósito actual no haya sido el de colocarlas ahí.

Vayan, pues, las cartas á la imprenta.

Es excusado decirte que te las dedico: mal podría darte lo que ya es tuyo y que por tí y para tí escribi; pero puesto que, una vez impresas, puedes darlas á leer á terceras personas, te pido las envíes, en tu nombre y en el mío, á los amigos de nuestra ausente patria uruguaya que, conservándonos cariño, se interesen algo por nuestras cosas.

Enviémosles en esta forma nuestro saludo desde esta buena tierra española, cuyo recuerdo, al despertar en nuestra alma, no se alzará nunca sin ir en ella acompañado del movimiento afectivo, vago y hondo á la par, que los portugueses tienen la facultad de precisar con su palabra *saudades*: tristezas de separación, anhelos de felicidad, persistencia de afectos mútuos que se alejan sin morir.

J. Z. DE S. M.

Madrid, agosto 1893.